

fijar en su cerebro vacilante una idea fugitiva á la que deseaba retener, acabó por volverse hacia la pared aplicando el oído contra ella.

Así permaneció algún tiempo inmóvil, reteniendo el aliento, sin atreverse apenas á respirar, estremeciéndose á veces como si alguien la pegara. Por fin, se echó hacia atrás murmurando :

— ¡ Mañana ! ¡ Es para mañana !... ¡ Hijo mío ! ¡ Ah !

Las últimas palabras no fueron un murmullo sino un grito; grito terrible que despertó á Almizclé y á Tafouilleux que dormían en una habitación contigua y acudieron al oírlo, encontrando á la pobre loca tendida en el suelo y desmayada.

¿ Qué había ocurrido ? Sencillamente esto. El callejón sin salida llamado del Paraiso, hallábase á un nivel inferior respecto á la corte de los milagros ; y dando la casualidad de que la casa de la loca fuese precisamente la que se apoyaba sobre la morada del duque de Egipto, como ambos alojamientos se hallaban separados por un simple muro de tierra y paja, Divina había podido oír sin perder una sola frase la conversación sostenida por los tres cómplices.

¿ Comprendió asimismo de lo que se trataba ?

No nos atreveríamos á afirmarlo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los que al siguiente día buscaron en su casuca á Divina la loca la buscaron en vano.

Divina habíase aprovechado del profundo sueño en que estaban sumidos sus abnegados guardianes para ausentarse de la corte de los milagros.

## XV

## EL PADRE DEL MAGNETISMO

El antiguo castillo de Vincennes fué una de las residencias favoritas de la realeza.

Felipe de Valois lo hizo derribar en 1337, comenzando enseguida las obras del que hoy existe aún y es conocido con el nombre de *donjon*, que no es otra cosa que lo que en todos los castillos se denominaba torre barragana. Este trabajo duró cuarenta años, quedando terminado cuando reinaba Carlos V.

El recinto del castillo propiamente dicho forma un vasto paralelogramo regular, rodeado de anchos fosos, de murallas y de torres cuadradas.

En el centro del ala norte un edificio espacioso que conserva el carácter de la época medioeval, pues en él se advierten vestigios de puentes levadizos, de rastrillos y de matacanes, sirve de entrada principal, abierta en la carretera de Paris.

Tiene igualmente el ala meridional una puerta en su centro, que abre sobre el bosque inmediato.

En el lado este se encuentra la capilla del castillo, en su centro, y en el del ala del oeste se eleva el célebre *donjon* ó torre barragana.

Esta torre se halla rodeada de profundos fosos particulares con revestimiento de piedras de talla, en lo alto del cual corre una cornisa de tal modo saliente que á cualquiera que se encuentre en el interior le sería imposible franquearla á no contar con complicidades de fuera. La parte alta de la muralla se halla flanqueada por cuatro torres y defendida por una galería abierta en línea saliente por lo que respecta al foso.

Franqueado el puente levadizo, para penetrar en la ciudadela hay que pasar por tres puertas abovedadas, la última de las cuales solo se abre por común acuerdo entre el que entra y el que se encuentra detrás de ella. Una vez pasada ésta, hállase el visitante en el patio de la torre barragana al cual conducen además otras tres puertas.

En tiempos de Enrique III, la parte nordeste de dicho recinto, llamada patio de la reserva, quedó separada de la otra por una empalizada, y en la muralla de este mismo lado nordeste fué abierta una salida particular para el servicio de los víveres y facilidad de los trabajos de refección, por lo que recibió el nombre de *patio de los proveedores*.

La torre barragana es cuadrada, con una torre menor en cada uno de sus ángulos, y se compone de cinco pisos. Cada uno de estos compónese á su vez de

un gran salón rectangular, en el centro del cual se encuentra grueso pilar que sirve de sostén á la bóveda, dotado de una chimenea. Los cuatro ángulos del salón corresponden á las cuatro torres exteriores y forman calabozos, en los cuales veíanse aún, en 1790, lechos de piedra y argollas empotradas en el muro.

El salón del piso bajo llamábase *Cámara de la pregunta*; el del primero, *sala común ó de guardias*; el del segundo, *sala de los caballeros*; el del tercero, dotado de una galería exterior que da vuelta al edificio, *Cámara real*; el del cuarto *Cámara de la raza* porque en él descansaba á veces la reina y recibía á su real esposo. Por último, el del último piso era la *Cámara del consejo* porque al decir de los cronistas de la época, los reyes celebraban en él sus consejos cuando habitaban el castillo.

Cerraba cada uno de estos salones maciza puerta de roble forrado de hierro y protegida por dos cerraduras y tres candados. La luz era escasa; sólo la que penetraba por estrechas ventanas guarnecidas de espesas rejas.

El tejado de la torre, más que tal era una terraza combada y rodeada de un parapeto. En uno de sus ángulos elevábase, á bastante altura, una garita de centinela, desde la cual descubriáse espléndido panorama.

Hemos creído de necesidad dar las explicaciones topográficas que anteceden á fin de que el lector comprenda, sin necesidad de realizar esfuerzos de imaginación, algunas de las escenas que narraremos enseguida.

En tiempos de Enrique II, y siendo él gran maestre de la misma, se reconstituyó con gran pompa en la capilla del castillo la orden de San Miguel; y fué esta la última vez que los reyes de Francia habitaron la torre de Vincennes, que siguió sin embargo siendo frecuentada, porque Catalina de Médicis enviaba á ella, con preferencia á la de la Bastilla, todos aquellos á quienes alcanzaba su odio ó su malquerencia.

En Vincennes murieron encerrados muchos personajes de elevada alcurnia, y de allí lograron salir algunos, aunque pocos, entre ellos Margarita de Valois, reina de Navarra, que recuperó su libertad al ocurrir el advenimiento al trono de su hermano. Sin embargo ninguno de los que allí dejaron sus huesos ni de los que consiguieron salir tuvo tanta notoriedad como la de que gozó el marqués Jacobo de Villanueva-Marsan, por efecto de lo muy prolongado de su cautiverio.

El marqués fué encerrado en Vincennes con el fútil pretexto de haber cumplido mal una misión que se le confiara. Ello fué en la época en que, dominada de nuevo Catalina de Médicis por su monomanía matrimonial, concibió la idea de ofrecer á Isabel de Inglaterra, por medio de embajadores, la mano del rey de Francia.

Dichos embajadores fueron el gran marqués y Castelnau, quienes no obstante la diplomacia con que trataron el asunto sólo pudieron ofrecer á Catalina esta enigmática contestación de la reina de las islas: « El rey de Francia es para mí demasiado grande ó demasiado pequeño. »

La respuesta era sensata, pues á la sazón Carlos IX

sólo contaba diez y seis años mientras que Isabel tenía ya treinta, resultando por lo tanto demasiado pequeño para su edad, y por otra parte demasiado grande por su realeza, que no habría seguramente abdicado para ir á sentarse, en calidad de príncipe consorte, en el trono de Inglaterra.

Durante algún tiempo, poco, Catalina ocultó el despecho que le produjera la respuesta que le comunicaron sus dos embajadores; pero después de la batalla de San Dionisio, durante la cual el condestable de Montmorency fué muerto de un tiro de pistola por Roberto Stuardo al lado del marqués de Villanueva-Marsan, dió rienda suelta á sus rencores tanto más violentos cuanto más tiempo contenidos.

Según otra versión bastante acreditada, la personalidad de Renato el perfumista entraba por mucho en la crueldad con que hubo de ser tratada y perseguida la familia de Villanueva-Marsan. La reina madre, según de público se decía, otorgaba íntimos favores á Renato, quien admiraba más de lo justo y debido la belleza indiscutible de la marquesa de Villanueva. Y esta admiración, platónica, es verdad, pero evidente, determinó el odio feroz que la italiana juró á la familia del gran marqués. Y encontrado un pretexto medio aceptable en el fracaso de la embajada de que hablamos antes fué un hecho al poco tiempo la prisión del noble prócer y el destierro de su esposa.

El calabozo del leal gentilhombre, no era, como quizás creerá el lector, uno de los de que hablamos antes, que ocupaban los ángulos de los salones y el mayor de

los cuales medía diez pies de ancho por trece de largo. No : el marqués, que llevaba preso diez años, disponía de mayor espacio, puesto que se hallaba alojado en la sala del consejo.

Como es de suponer, Catalina de Médicis ignoraba la relativa clemencia con que era tratado el marqués, cuya suerte hubo de mejorar un poco sólo dos años antes de la fecha en que le encontramos. Durante los ocho primeros años de su cautiverio, hubo de respirar el aire rarificado de uno de los calabozos de los ángulos; pero un día, muerto el antiguo carcelero, su reemplazante llegó al castillo acompañado de su hija, que contaba entonces catorce años, y la llegada de esta adorable criatura fué para el gran marqués como la visita de alegre rayo de sol, que le hizo apreciar de nuevo el encanto del vivir que empezaba á hacérsele insoportable.

La hija del carcelero, Glorieta, no hablaba : y fué esta la razón en virtud de la cual pudo acompañar á su padre y residir con él en el castillo.

— Pero á falta del don de la palabra poseía un corazón de oro y, lo que nunca está de más, no poca inteligencia.

Con pretexto de limpiar el calabozo hizo pasar al marqués á la sala del Consejo: y tal maña se dió en su limpieza, fueron tantos los trastos que acumuló en el estrecho recinto, que se hizo imposible entrar de nuevo en él. Claro es que Mirot, su padre, se enfureció, gritó, juró, y habló de prevenir al gobernador, pero no cumplió sus amenazas. Glorieta en efecto había descubierto un tesoro en el petate del prisionero, que encerraba

gran número de pistolas, dinero acumulado guardando la pensión que un amigo poderoso é incógnito — sin duda algún jefe de la facción de los descontentos — enviaba secretamente al gran marqués y á la cual éste no habia tocado aún ni una sola vez.

Fué Glorieta quien espontáneamente y con sin igual desparpajo mermó á sabiendas el tesoro. Un día, después de besar la mano del marqués, puso en ella cinco pistolas y la cerró luego mirándole de modo tal que parecía decirle : « Entregad esto á mi padre. »

Jacobo de Villanueva comprendió la expresiva mímica de la muchacha, y sonriendo con bondad llamó al carcelero.

— Acercaos, señor alborotador; — le dijo.

Y habia tal majestad en el porte del prisionero, que Mirot se acercó, á pesar suyo.

— Tomad buen hombre, tomad eso, — añadió Jacobo — y ved de no molestarme en lo sucesivo con vuestras jeremiadas.

Pasaron las pistolas de una mano á otra y Pedro Mirot, absorto, desarmado, descubrió su cabeza y salió andando hacia atrás y haciendo una genuflexión á cada paso.

¡ Tenía para beber ! Era un hombre feliz gracias á Glorieta quien conocedora de la pasión que dominaba á su padre habíase arreglado de modo que pudiera satisfacerla gracias á la generosidad del preso.

Quedaba desde aquel momento conquistada la sala del consejo, sonora y no muy clara. Tratábase de amueblarla.

El gran marqués no fué muy exigente. Contentóse con un catre de tijera, un lavabo de campaña y un escabel, mobiliario más que suficiente para un antiguo soldado, hermano de armas de Montmorency. En cambio por lo que respecta á los libros é instrumentos que juzgó indispensables para distraer la monotonía de las horas inacabables, hubo de precisión de satisfacer ciertas exigencias, y Pedro Mirot, bien pagado, como es natural, lanzó dos de sus amigos de la corte de los milagros, Almizcle y Tafouilleux á la busca y adquisición de ciertos utensilios difíciles de procurarse en aquella época en la que no era permitido vender objetos que pudieran servir á las prácticas de la brujería.

Porque es el caso que si quince dias más tarde le hubiese dado al gobernador la ocurrencia de subir á la sala del Consejo, habríase sorprendido y no poco al encontrarla transformada en laboratorio de los llamados *de obra magna* y repleto de retortas, matraces y alambiques, crisoles, agitadores y frascos, de color y forma diferentes, colocados en orden de batalla en el dintel de la chimenea, ó puestos á calentar en el hogar de la misma bajo el techo de vigas ahumadas, en la solemne tristeza de las piedras desnudas. Afortunadamente el tal gobernador desempeñaba además el lucrativo empleo de tesorero general de las compañías suizas y no se presentaba nunca en la ciudadela, confiando á Mirot el cuidado de velar por la seguridad del preso.

El tal Mirot, amigo de empinar el codo y deseoso de recibir de cuando en cuando algún dinero que le permitiera satisfacer su pasión por la bebida, hallábase fir-

memente resuelto á permitírsele todo al preso, excepto como es consiguiente la evasión, pues abrigaba la esperanza de tropezar más tarde ó más temprano con el escondite que guardaba las pistolas que servían para pagar los lujos del marqués y satisfacer los vicios de su carcelero.

Tal vez se pregunte el lector el porqué de la súbita simpatía que Glorieta experimentara por el preso cuya custodia estaba confiada á su padre. A nosotros nos es imposible satisfacer su curiosidad en ese punto. Hay sentimientos impulsivos que no se explican, y el de la encantadora muchacha era uno de estos.

La hermosa cabeza del marqués produjo en ella inmensa impresión desde el momento en que la vió por la vez primera. En su cerebro de niña inexperta nació la idea de que aquel digno caballero que no podía resignarse á la pérdida de su libertad no había cometido crimen alguno, hallándose allí encerrado por obra sin duda de sus implacables enemigos. Y afirmándose cada día más en esta idea, la gentil mozuela dedicóse por entero á la obra caritativa de atenuar, en la medida que sus débiles fuerzas se lo permitieran, la pesadumbre noblemente soportada por el cautivo, sus dolores disimulados y los graves pensamientos que corroían su cerebro llevándole á pasos de gigante á una vejez prematura.

En resumen, sin saber porqué, sin que ella misma pudiera explicarlo, la niña respetaba al preso y sentía por él una especie de inconsciente adoración, imperiosa, sin raíces bien determinadas, pero tan hondas,

tan hondas que la impulsaban á hacer el sacrificio de su propia existencia si al precio de la misma le hubiera sido dado obtener la dicha y la libertad del prisionero.

Éste por su parte, habíase esforzado en descubrir la causa que paralizaba la lengua de su amiguita, llegando, tras repetidos exámenes, á adquirir la convicción de que la hija de su carcelero no podía ser muda de nacimiento: de que sólo un accidente, un susto tal vez, era la causa inicial de la persistente atrofia.

Preguntó, como es natural, á Mirot, acerca de aquel extremo; pero Pedro, que en estado de embriaguez hablaba siempre más de lo justo, no visitaba al preso más que por las mañanas, es decir, cuando aún hallábase en ayunas, por lo que, como se comprenderá fácilmente había rehuido toda contestación concreta acerca del caso que interesaba al marqués, el cual, sin insistir en sus preguntas, se prometió emplear sus momentos de ocio — que eran muchos — en descubrir un agente, físico ó químico, bastante poderoso y eficaz para devolver á Glorieta el uso de la palabra.

Su laboratorio rudimentariamente instalado, no debía servirle como podrá creerse para ayudarle á descubrir la piedra filosofal, mágico sueño acariciado por todos los cerebros doctos de aquella época, sino para facilitar sus estudios comparativos de los elementos. Digamos aquí que el marqués, hombre trabajador y aficionado á la lectura, hubo de estudiar durante largo tiempo, en compañía de Jacobo de Armañac, su mejor amigo de la juventud, el método del *tratamiento magnético*, de Paracelso. Más tarde conocieron ambos al eru-

dito Rodolfo Goclenius, y en el trato de éste hallaron el gusto que les llevó poco después al estudio de las ciencias exactas. Jacobo de Armañac se aficionó á la química, á la astrología y á la mecánica, y Jacobo de Villanueva dióse por su parte á penetrar el misterio de las ciencias nuevas: el magnetismo animal, que no se hallaba al alcance del vulgo, y los fenómenos físicos que del mismo pudieran derivarse.

Los experimentos por él realizados entonces condujéronle á adivinar, teóricamente, los maravillosos fenómenos del sonambulismo (1) y esos experimentos eran los que se proponía renovar con el único objeto de curar, á serle posible, á la hermosa y santa niña que enclaustraba su juventud y su belleza para darle á él, ya casi un viejo, un poco de consuelo en su infortunio innmerecido.

Hemos dicho casi un viejo, y al decirlo no nos referimos á su edad; Jacobo de Villanueva-Marsan no tenía en aquel entonces, esto es, en 1579, más que cuarenta

(1) El marqués de Puysegur creyó equivocadamente haber descubierto las prodigiosas propiedades del sonambulismo en 1786 encontrándose él en sus tierras de Busancy. Lo que hizo fué tan sólo reconstituir una ciencia fenomenal olvidada ó perdida durante cerca de dos siglos, pero reconocida indudablemente y explicada mucho tiempo antes por los sabios, que toleraron que los sorprendentes resultados de sus experimentos fuesen atribuidos á la magia y á la brujería.

En tiempos de Luis XV se publicó el cuadro de las hechicerías practicadas en el cementerio de San Medardo. En nuestro concepto las singulares doctrinas de los convulsionarios se apoyan en la práctica del sonambulismo á que dió carácter religioso una sencilla designación del monje Paris.

y tres años, pero representaba por lo menos diez más. Era de elevada estatura y noble continente que el infortunio no lograra abatir, como no había podido domar su energía; sin embargo, la sombra y la soledad, respetando la parte moral del marqués habían hecho estragos en su físico poniendo abundantes canas en la barba y blanqueando en absoluto sus cabellos.

Reanudó, como decimos antes, sus experiencias sirviéndose de Glorieta como *medium*, y pudo observar desde luego que la muchacha era un sujeto sensible hasta el exceso, y que él mismo era un buen *medium* cosa que nunca sospechara antes. Y de ambas observaciones dedujo que teniendo á Glorieta por *vidente* y dirigiéndola con su propio fluido había de serle fácil enterarse de todo cuanto ocurrir pudiera en el exterior, cerca ó lejos de la torre que lo aprisionaba.

¿Cómo — se preguntará el lector — podría enterarle la muda de lo que deseara saber? ¿Por señas? ¿Por escrito? Un poco de paciencia, lector amado. Hemos dicho que el marqués se maravilló de los primeros resultados obtenidos, y tenía razón para maravillarse.

Una noche que Glorieta, sentada ante él, trabajaba según su costumbre un punto de aguja, acercósele el prócer y le acarició la frente y los cabellos. La muchacha se recostó como si se hallara próxima á desvanecerse y la comenzada labor escapó de sus manos. Y como sorprendido por lo que veía la mirara el marqués con atención, Glorieta exhaló un suspiro, y quedó inmóvil, con la vista fija, perdida en el espacio.

Tomóle el noble entonces una de las manos que ella

le abandonó sin oponer la menor resistencia. La mano estaba fría.

Sin acordarse de que la niña era muda, de que nunca se había atrevido, por caridad, á interrogarla, extrañado de lo que veía formuló maquinalmente una pregunta.

— ¿Qué tienes? — dijo. — ¿Te encuentras mala?

Júzguese de la estupefacción del marqués al oír que la muda decía:

— Duermo.

¿La muda hablaba! ¿Era aquello un milagro? Sin duda, porque él había oído bien: los labios de la niña se agitaban aún.

El marqués no volvía de su asombro. Sin detenerse á pensar en los efectos del fluido magnético lanzado por él, sin reflexionar acerca de la significación de aquella palabra: « Duermo » que no podía ser más precisa, la idea de que había interrogado á una muda, contestándole ésta, produjo en él una emoción indescriptible que le hizo retroceder como asustado y apoyarse aún tembloroso sobre un mueble conteniendo bocalas que cayeron haciéndose añicos en las losas del pavimento.

Como si no. El preso, loco de alegría, ni reparó siquiera en el destrozo. Acercóse de nuevo á Glorieta con el deseo de felicitarla, de acariciarla, de animarla... Y fué entonces cuando observó con espanto la insensibilidad de la muchacha, y cuando se percató de la fijeza invencible de su mirada.

— ¿Será posible? — murmuraba. — Glorieta duerme... ella misma lo ha dicho... ¿Estaré yo dotado,

sin saberlo del poder de transmitir mi voluntad, de ese poder que preveía Paracelso, y que Goelenius sigue buscando inútilmente?... ¡Duerme! ¡Y cosa más sorprendente aún habla durmiendo!... En teoría, mientras se halle en este estado de sonambulismo lúcido su mirada debe poder atravesar los muros y franquear los espacios... Sí, pero ¿será posible eso en la práctica? Si yo me atreviera... Pero ¿no será acaso sacrilegio hacer uso de una ciencia diabólica para obligar á una criatura á denunciar los secretos del Creador?

Mientras el marqués hablaba solo, cada vez más perplejo y más maravillado, Glorieta seguía sentada é inmóvil, respirando con dificultad evidente, sin que él se fijase en ella. El hombre, agitado, nervioso, recorría á grandes pasos la habitación, pensando en voz alta:

— Puesto que toda ciencia viene de la Omnisciencia — decía — esto es, de Dios, no creo que sea desafiarle el que yo use de mi ciencia puesto que El ha permitido que esta niña sea lúcida para mí. Si habla hablará para mí solo puesto que despierta es muda, y solo en provecho mío sus ojos psíquicos irán á sondear el misterio de las cosas lejanas de las cuales no ha de acordarse luego... ¡Ah! He sufrido demasiado durante largos años de la falta de noticias de las personas que me son queridas, para renunciar al medio que se me ofrece de tenerlas, aunque ese medio sea poco noble... Quiero... sí, lo quiero, saber dónde están y qué hacen mi esposa querida, la morenucha Solange, y mi rubia Genoveva, la que me robaron... Quiero saber si mi hermano Jacobo está aún en el mundo de los vivos, si han tenido un

término sus desgracias, si encontró al fin á Blanca de Armañac y á su hijo...

Dirigióse de nuevo con paso vacilante hacia Glorieta, y extendiendo ambas manos sobre la cabeza de la niña, ordenó, mientras proyectaba el fluido magnético.

— ¿Dónde está ahora la marquesa de Villanueva-Marsan?

Estremecióse Glorieta, que continuó sin embargo silenciosa:

— ¿Me habré equivocado? decía el marqués. — ¿Habrá sido solo un incidente pasajero el despertar de su lengua?... No, no es posible. Si ha podido hablar una vez... Pero, ¿seré yo distraído? Claro, con tales emociones... Ahora caigo en que para ponerla en condiciones es preciso hacerla tocar un objeto que haya pertenecido á la persona que se busca... Aquí tengo cuanto hace falta...

Así diciendo desgarró el forro de su sobreveste y retiró de él un saquito de piel flexible que abrió colocando sobre la mesa el contenido, no sin suspirar hondamente á la vista de aquellos recuerdos. Tal mecha de cabellos habíase rizado en otros tiempos en la blanca nuca de la marquesa. Aquel sonajero de marfil cautivó en lejanos años la atención de sus hijas gemelas y su mango adornábase aún con dos lazos de tintas descoloridas cuyos colores diferentes le recordaban dos cabezas adoradas; el rosa la de su Solange de negra cabellera, y el azul á su Genoveva, la de los ojos de color de cielo. También había allí un sello cuya divisa nos es conocida: ¿*Cur Non?* que perteneció antaño á Jacobo